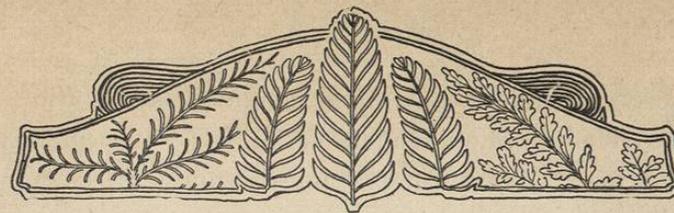


Contadas veces durante el invierno habíamos discutido amistosamente respecto á algún pequeño detalle de nuestra vida cotidiana; en cambio sosteníamos á veces acaloradas polémicas ocupándonos de asuntos ajenos á nuestra expedición. Tales discusiones eran breves y corteses y servían para amenizar la triste monotonía de nuestra vida común.

A veces nuestras polémicas terminaban con un «banquete», y era de ver cómo aguzábamos el ingenio para condimentar nuestros guisos con alguna variedad.

Durante aquellos días tristes contábamos, pues, con la seguridad de nuestro compañerismo honrado y afectuoso para vencer todo género de dificultades.



CAPITULO XVI

Invierno.—El bosque petrificado

EL blanco paisaje veíase, por fin, completamente desierto. Los pájaros bobos se habían marchado, las focas también desaparecieron; únicamente algunas palomas de mar volaban alrededor de nuestra vivienda, y de vez en cuando llegaba de fuera alguna bandada de osífragos que en rápido vuelo pasaban por encima de nosotros.

Alrededor nuestro había tan sólo hielo, frío y monotonía. El sol, que nos daba vida y calor, enviaba sus rayos cada vez más débiles. Su curso se iba acortando de día en día, y á menudo escondía tras un tupido velo de nieve su disco pálido y frío. Por último adquirió fuerza á mediodía sobre el hielo terrestre en el cabo del Norte. Cada vez más hondamente nos sepultábamos en el encanto de aquel país de hielo.

Teníamos que resignarnos forzosamente á la inacción más completa todo el tiempo que dispusiese la Naturaleza. Entonces sobrevinieron las interminables tormentas de nieve, que durante semanas enteras nos obligaban á

estar presos en la cabaña. Entre el humo y la obscuridad, á la pálida luz del quinqué de aceite, nos entreteníamos en conversar ó nos entregábamos á nuestros sueños y meditaciones, esperando á que el tiempo abonanzase.

Así, pues, cuando una mañana hubo cesado el ruido del viento que batía sobre el techo de nuestra vivienda, el cocinero de turno se dispuso á abrir una brecha á través de la masa de nieve que se había aglomerado delante de la puerta. Con una duela hizo un agujero oblicuo hacia arriba, horadando la nieve hasta que vió una pequeña porción de cielo azul oscuro y un áureo resplandor en torno de la abertura. Prosiguió la excavación y entró en el angosto pasadizo hasta que por fin pudo salir por la abertura y llegar al aire libre.

Quedóse deslumbrado un momento ante la prodigiosa acumulación que se extendía por todas partes inmensamente blanca.

La luz solar había adquirido mucha fuerza durante la larga serie de días tempestuosos. Estaba ya bastante alto sobre el estrecho y dejaba sentir su tibio calor, al par que iluminaba el enjuto y ennegrecido rostro del cocinero.

—¡Hace buen tiempo!—exclamó éste á través del agujero que había hecho en la nieve dirigiéndose á nosotros, que nos hallábamos aún arrebujados en nuestros sacos de dormir. Vestímonos al punto con las sucias ropas de que disponíamos y salimos afuera, después que el cocinero hubo barrido convenientemente el pasillo de entrada, y corrimos sobre la nieve alborozados y contentos, examinando la bahía cubierta de hielo y las lomas escondidas por el blanco sudario que lo cubría todo bajo la pálida luz del sol.

Recuerdo otro día despejado que no me produjo impresiones tan halagüeñas: paseábame por un lugar que frecuentábamos cuando hacía buen tiempo, inmediato al pequeño lago; la atmósfera estaba muy tranquila, aunque hacía bastante frío, y ocultaba el horizonte una ligera neblina, á través de la cual se destacaban con claros perfiles los alrededores más próximos.

En aquellos momentos sobrecogíeronme tristes ideas que no podía desechar, aún cuando procuraba hacerme fuerte pensando en un porvenir más afortunado.

En aquellos momentos el cuadro de la realidad era bien triste; pasar frío y dormir, freir carne y comer, andar errante, en busca de focas, y pasar nuevas privaciones, tal era nuestra vida. Los días transcurrían lentamente, y sin dar cuenta á mis compañeros de aquellas horas de natural desaliento, mi ánimo no se rebelaba ya contra el fatal destino, conllevando el infortunio con toda la resignación posible.

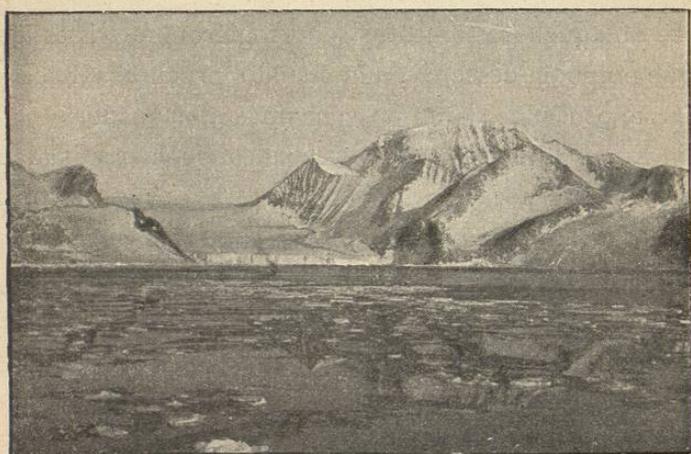
Contemplando á veces la vasta Naturaleza muerta que nos rodeaba, traía á mi memoria las viejas leyendas de las regiones polares.

Aquellas inmensas extensiones habían estado cubiertas de espeso bosque, altos pinos habían dado sombra á las vertientes de sus montañas, las nubes habían derramado su lluvia benéfica sobre los verdes campos y la brisa del mar se había filtrado entre las cimas de los árboles ondeantes.

Pero cuando se vuelve la vista hacia el sol mortecino que envía sus débiles rayos á través de la fina neblina, esta leyenda parece el más cruel de los sarcasmos. Sin duda los titanes de otra leyenda trastornaron el orden de las cosas y, al triunfar, un formidable manto de nieve

hizo abortar la última vegetación y los ventisqueros ocultaron la tierra.

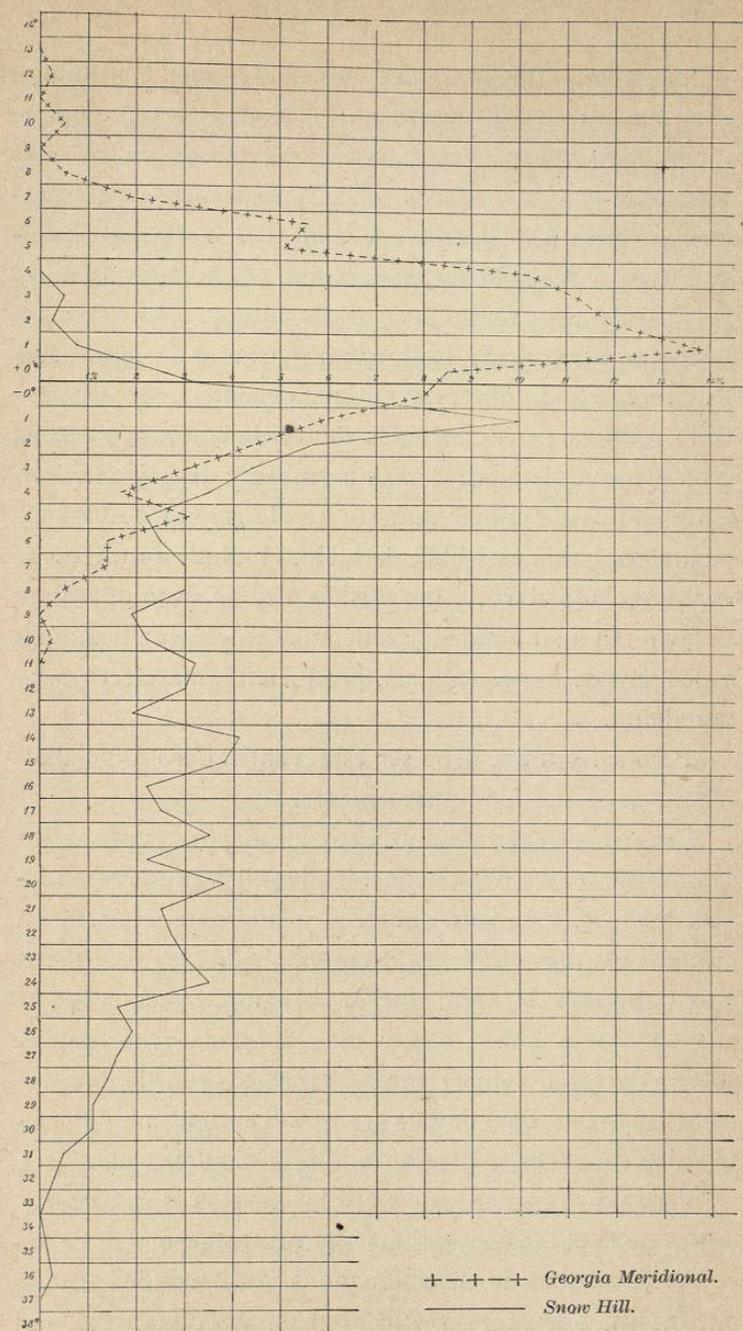
La montaña Flora, dominando el mar con sus crestas escarpadas, es el monumento sepulcral del bosque petrificado, mientras las lomas de la tierra baja guardan los rastros de otra época, cuando la bahía de la Esperanza



Parte interior de la bahía de la Esperanza.

estaba cerrada por montañas de hielo mucho mayores que las actuales.

Avanza ahora desde el valle un hermoso ventisquero que desemboca en el interior de la bahía de la Esperanza. Su longitud es tan sólo de cinco kilómetros, y está limitado al interior por un glaciar, desde cuyo lado opuesto descende el hielo terrestre hacia la bahía más próxima del estrecho del Príncipe heredero Gustavo. Encuéntrase, pues, allí el punto donde el hielo se divide, tomando el ventisquero dos direcciones distintas. Hállase encajonado entre altas montañas, desde cuyas cumbres ruedan de vez en cuando casquijo y bloques de piedra que se acu-



mulan sobre el hielo al pie de las elevaciones. En el límite interior, entre las distintas afluencias de que se compone dicho ventisquero, emplázanse estas masas de bloques formando largos cordones sobre su superficie (véase grabado página 348 y el mapa general). Termina el ventisquero, al desembocar en la bahía, cortado por un talud vertical de unos veinte metros de altura. Dicho ventisquero de tierra firme es el más importante de su especie de cuantos pudo observar nuestra expedición en el territorio sudpolar; sus canchales son verdaderamente típicos y ofrece una vista por demás hermosa y despejada. Contemplado desde el mar durante un día sereno de verano, cuando la bahía está libre de hielo, el talud, de un color verde azulado claro, y los perfiles de las montañas que se levantan á su alrededor refléjanse en el agua tranquila y oscura de la pequeña ría, produciendo un efecto sorprendente.

Pero así y todo, debe ser este ventisquero un pálido reflejo de lo que fué anteriormente.

Junto al elevado talud extiéndese la abrupta costa sembrada de redondas lomas. Todas ellas presentan suaves declives, y en sus cumbres y laderas encuéntranse grandes bloques de piedra desprendidos de las montañas que flanquean el ventisquero. Hállanse hasta sobre la cúspide de la loma más y más apartada (100 metros sobre el nivel del mar) masas rocosas procedentes del ventisquero, lo cual demuestra que el antiguo movimiento del hielo cortó en dirección longitudinal el valle.

Pero no son solamente estos los rastros más importantes de la extensión antigua del ventisquero del valle.

A 150 metros de elevación, en la pendiente de la montaña Flora observamos restos de canchales cuya situación

no puede explicarse de otro modo que proviniendo del ventisquero. Podíanse ver también al pie de dicha montaña y en muy vasta extensión restos del antiguo ventisquero hasta la extremidad oeste de la costa. Hallamos también piedras de canchales en las inmediaciones de nuestra choza. Era, pues, casi seguro que el ventisquero del valle, en épocas remotas, ocupó toda la bahía de la Esperanza, y que á dos kilómetros del talud actual llegaría á una elevación cuando menos de 150 metros sobre el nivel del mar.

Ya mucho antes de que quedásemos aprisionados en la bahía de la Esperanza, encontré durante nuestros inolvidables días de exploración en el canal de Orleans, rastros indudables de un yacimiento de hielo paleocrístico mucho más extenso que el actual.

La tierra firme y las islas situadas alrededor del canal de Orleans están realmente cubiertas casi por completo de hielo, pero las variaciones de la capa superficial son poco notables. En las costas bajas, especialmente, se observa cuando baja la marea que el agua deja en seco las desnudas rocas, lo que indica que el hielo terrestre no tiene fuerza para llegar al mar. Encuéntranse además en los parajes interiores, al otro lado de la montaña Flora, numerosas corrientes de agua producidas por el deshielo.

Hallamos indudables huellas del hielo paleocrístico en un escollo completamente seco en la actualidad, de más de 200 metros de altura situado en el cabo de W. Spring (mapa belga); las rocas que forman este promontorio atestiguan el formidable desgaste producido por las masas congeladas.

Las mismas huellas habían sido ya indicadas en la

continuación del canal de Orleans hacia el sudoeste, por Antonski durante la expedición belga, aunque su método de comprobación era menos perfeccionado que el que nosotros empleamos más tarde en el cabo de W. Spring.

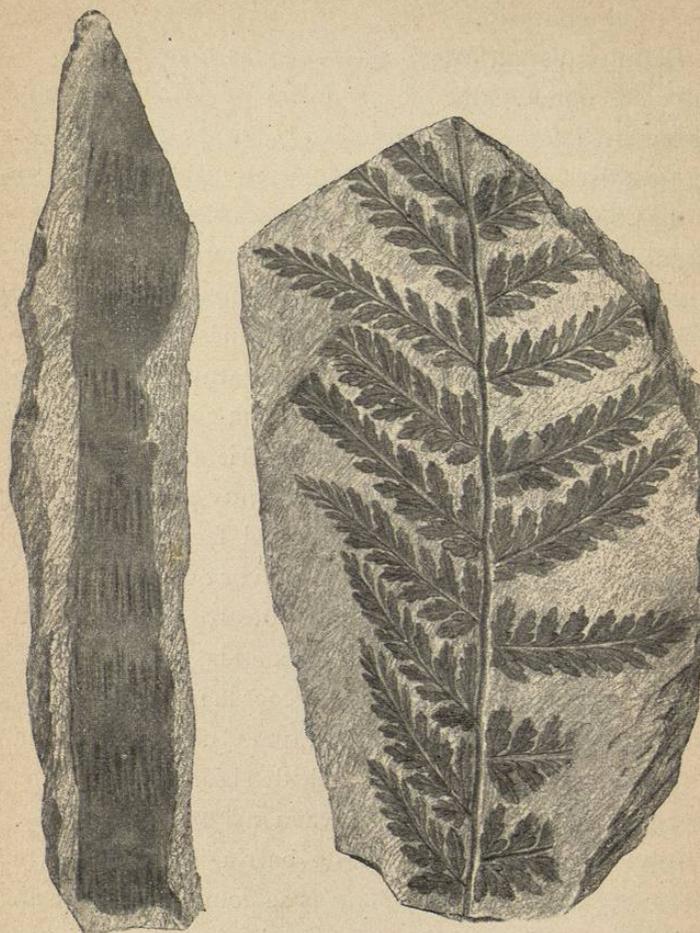
Si resumimos todas las observaciones arriba mencionadas podremos formarnos una idea aproximada de la tierra sudpolar en los remotos tiempos del hielo paleocrístico. El canal de Orleans debió estar cegado por inmensas moles de hielo, la bahía de la Esperanza no existiría en aquel entonces y la montaña Flora fué seguramente la primera elevación que se despojara de su formidable masa congelada.

Los escollos de la costa al deshelarse el agua del mar debieron ser los primeros lugares de incubación elegidos por los pájaros bobos, y hasta los contados declives cubiertos ahora de musgo, orientados hacia el norte, estarían entonces nivelados por la enorme capa de hielo coherente que se extendía sobre el valle y las elevaciones contiguas.

Ningún sér viviente osaría llegar en tales épocas á aquellas latitudes.

El diagrama de la página 349 da una idea de las condiciones de temperatura de la Georgia del Sur y de Snow-Hill, expresada en ambos casos diariamente durante el curso de un año. Si examinamos primeramente la curva de la Georgia encontramos, por ejemplo, una temperatura de $+1$ y $+2^{\circ}$ casi el 14 % de los días del año, mientras el 8,5 % corresponden entre 0 y $+1$, observándose el resto del año una temperatura media inferior que oscila entre -10 y -11° , etc. De estas variaciones de temperatura en la Georgia del Sur expresadas de este modo, corresponden nada menos que el 70 % sobre cero. Si en

cambio se asciende el diagrama sobre el cero, cinco líneas parciales, lo cual significa lo mismo que una baja de 5° en



Equisetum.

Sphenopteris.

De la flora jurásica de la bahía de la Esperanza.—Tamaño natural.

la temperatura media de la Georgia del Sur, resultará tan sólo el 14 % de todos los promedios diarios sobre cero. Esto demuestra evidentemente que el clima de la Georgia